

CUADERNILLO
DE POESIA
COLOMBIANA



JOSE UMAÑA BERNAL

EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA

51

P R E S E N T A C I O N :

Por Jorge Montoya Toro

Parte del tema amoroso la casi totalidad de la poesía de José Umaña Bernal. La mujer ocupa el centro de su universo lírico, y en torno a ella tejen las palabras su magia de arabescos verbales, en galante decir recamado de pedrería y sedas de insinuación poéticas. Porque si en la primera etapa de su obra, Umaña Bernal habla un lenguaje directo y simple que no hace ostentación de galas metafóricas, en el progresivo perfeccionamiento de su lenguaje emocional las palabras adquieren matices inéditos que enriquecen su primitivo valor y dan lugar a preciosos descubrimientos expresivos, en los que se procede por las medias tintas de la sugerencia y la alegoría, por el sutil engranaje de los ejes asociativos sobre los cuales gira la maravilla cromática de la metáfora moderna.

El soneto, el romance y la décima son tres moldes poéticos de profunda raigambre clásica que han sido respetados a través de los siglos por los innovadores y creadores de formas métricas. Son odres viejos en cuyo seno acogedor se vierten nuevos vinos generosos, lográndose así el sabor agradable de lo que tiene un recóndito matiz de añejamiento. Umaña Bernal, innovador y cultor de lo moderno, estructura su obra en el marco del soneto galante, en la escalerilla musical del romance, ligeramente tatuado de garcilorquismo y en la concentrada esencia de la décima, breve y definidora. Lo que no obsta, para que su continuo afán de superación y en su infatigable búsqueda de rumbos y horizontes, rompa a veces con la tiranía estrófica y deje vagar sus canciones por ámbitos de libertad, ajeno a los cánones y preceptos literarios.

Sobre el meridiano amoroso, circundado de adioses, desencantos y ausencias, gravitan estos poemas. En diamantino idioma ha tallado Umaña Bernal sus emociones para que el fulgor de inolvidables instantes de la vida no muera con la fugacidad del tiempo y de las sensaciones perecederas. Que siquiera el lenguaje de la poesía guarde el aroma que acarició con su invisible presencia el rostro transparente de la mujer amada.

NOCTURNO DEL LIBERTADOR

¿De qué raíz remota sube hasta mí tu nombre,
Padre inmortal, y se hace llama viva en los labios,
temblor en la pausada corriente de las venas,
y relámpago raudo en las hondas pupilas?

¿Por qué, al través del tiempo, me persigue tu sombra,
como una tempestad suspendida en el aire,
y despierta en la sima de mi espíritu absorto
ese oscuro rumor de cegadas palabras?

Yo fui contigo, Padre, sobre el límite incierto
de los Andes, quebrados en tendida borrasca,
y escuché tu caballo golpeando los riscos
en un largo relincho de indolente fatiga.

Vi tu capa flotando en las ásperas crines,
y la rígida mano al bridón sofrenado,
caminando en espesos laberintos de sueño,
más allá, más allá, de la noche profunda.

Va corriendo tu gloria sobre mí como un río,
en el cauce nocturno de abismadas orillas,
con la sorda amargura de los ríos del mundo
que ya saben del mar y su trágico abismo.

Tu presencia vigila en mi sitio de angustia,
y me obsede el temblor de tu cruenta agonía,
y mi vida socavan tus palabras de muerte
con un golpe obstinado de cortantes aceros.

Te rodea mi voz en un cerco de lanzas
fieles, Padre inmortal, y en la noche de yelo
y hoscas nubes, golpeo sobre piedras de asombro,
en atónitas líneas tu perfil absoluto.

Voy como un hombre ciego caminando en tu gloria,
sin lograr conducirme por sus altas fronteras,
y en el vasto desierto del ayer adivino
soterrado correr de lágrimas y sangre.

Vagas en las tinieblas visitando tus muertos,
blancos en litorales de silencio y de olvido,

y son tierra, y son agua, y aire, y sal, de tu mundo,
y hace siglos que escuchan tu llamada de guerra.

Un silencio de musgo cubre sueños ausentes,
y en la pálida luz de niebla y de ceniza,
nunca acaba tu sombra de pasar, como un cielo
que hasta el alba esperaran desvelados condores.

El cautivo silencio de tus pueblos sin rumbo,
en el campo marchito de plegadas banderas,
camina sin la firme dureza de tu mano,
torvo bajo las alas de enemigos augurios.

Dáles, Padre, la voz de los hechos insignes,
devuélveles el fuego de la sacra armonía,
llévalos a beber de la sangre fecunda,
como ardido tropel en la grávida selva.

Te ciñe un manso diálogo de estrellas y de árboles
esta noche; y presiento que en la sombra caminas:
ágil metal los ojos, arco voraz el labio,
lento el paso de hombre seguro de su ruta.

En tus ojos descubro la mirada que ordena
el acto, como ordena relámpagos el rayo.
En tu vida descifro signos de agria venganza,
y comprendo el adusto corazón de los héroes.

Asombrado me acojo al ejemplo severo
de tu vida, y ya sé la lección de tu fuerza;
en tu llama se templan los aceros exactos,
y es tu voz la consigna de los rudos combates.

Fui soldado en las filas de tu ilustre derrota,
mejor fuera la vida si a tu lado viviera
la tristeza viril de los días sin lucha,
y el altivo desdén de los triunfos falaces.

Otra vez suena el golpe de los bronces ardientes,
otra vez se amótina la encrespada borrasca,
otra vez bajo el cielo, de agrio plomo y de fuego,
brilla el seco temblor de tu bosque de sables.

Yo te espero en el filo de la noche sin alba,
y adivino el seguro trajinar de tu paso;

déjame ir en la escolta de tu nombre glorioso,
y alistarme en el trémulo escuadrón de tu muerte.

Cada noche te mueres en la noche de América,
sobre un mapa de cumbres y volcanes extintos,
y la tierra desgarras sus entrañas terribles
esperando la fría caricia de tu cuerpo.

Corre el vértigo azul de los ríos sin nombre,
y fulgura el incendio de las bestias fugaces,
duerme su duro sueño de metales la selva,
sueñan nidos secretos de palomas y águilas.

Abre la tierra nueva su ancha vena de aceite,
el trópico navega en escuadras de aromas,
te espera un raudal mundo de plumas y de garras,
pero tú no regresas de tu amargo destierro.

Y no sabe ya el hombre de tu olímpica angustia,
ni conoce las arduas madrugadas de guerra,
ni ve el recto silencio de la atenta vigilia,
bajo el tácito velo de la capa insurgente.

Cada noche estás solo en la noche de América,
solo con la secreta soledad de tu vida,
solitario en la noche de tu propia grandeza,
en la noble y terrible soledad de tu gloria.

Tu soledad de hombre sin amor vigilante,
exilado en el tedio de ateridos silencios,
hecho duro en los acres insomnios de la ausencia,
sin voz de abril que encienda los jardines del alba.

Soledad del varón asomado al abismo
cuando siega la sangre su caudal fatigado,
y se cubren las sienas en la mustia caricia
de ceniza, y los labios de extraviados acentos.

Soledad sobre todos los caminos del mundo,
capitán de su alma, sin bandera, ni estrella,
caminante sin voces en la lívida aurora,
y viajero sin luz en la noche perdida.

Soledad en la loca llamarada del triunfo,
y en el círculo grácil de las leves doncellas,

soledad en la cumbre cuando el sol de la gloria
era un dócil lebrél a su flanco de héroe.

Soledad del guerrero en su cerco de yertas
espadas, rojos soles, y punzantes laureles,
solitaria soberbia de los finos silencios,
y veraz soledad del dolor impasible.

Soledad en las noches de las gélidas máscaras
—caminaban los astros sobre órbitas de odio—
cuando oíste en la sombra, Padre solo y terrible,
el liviano rumor de los pasos traidores.

Soledad de tu voz, soledad de tu grito,
soledad de tu acero persiguiendo la noche,
soledad en el cerco de los brazos amantes,
desertor solitario de tu propia esperanza.

Y la adusta, y la sobria, soledad de tu muerte,
sin el frágil sudario de las lágrimas fieles:
dura muerte de héroe, que pulió para el tiempo,
en el tránsito fuerte, su perfil solitario.

Esta noche camino, bordeando la cima,
donde el signo fatal de tu nombre se oculta,
y estoy casi en tu gloria, como el náufrago ciego
en el lóbrego mar de ululantes tormentas.

No ha nacido el que pueda acercarse tranquilo
al tremendo silencio de tu muerte. La sangre
mana aún de las hondas heridas de la tierra,
siete veces esclava por haberte negado.

¿Quién te puso en los labios ese rictus inerte
de cansancio, y el ceño venador de dios triste?
¡César! ¡Más alto César! inclinado en la tierra
el extático acero y los ojos vencidos.

Padre, dios de la guerra sin perdón, esta noche
interpreto el excelso sentido de tu norma:
la belleza es el orden, el orden la belleza,
¡oh todopoderoso del amor y la muerte!

Fuiste el hombre total: uno en la ardua elegancia
del varón, y en la gracia de los lánguidos gestos;

en el cierto poder del orgullo tremante,
y en la rauda ambición, y en la fuerte violencia.

Supiste el doble acento de las áureas palabras,
ritmo de arrullo y garra para el cálido instante;
la mujer y la espada tuvieron en sus manos
una idéntica y pura desnudez temblorosa.

Impusiste el prestigio de tu erecto linaje
en el círculo estéril de embrujadas envidias;
un pavor de eunuco rodeaba la estancia
donde abrías la flor de tu mágico hechizo.

No hubo jardín sellado para ti; ni escondida
belleza; ni doliente sigilo de sollozos:
el carro de tu amor, de llamas y de sangre,
cruzó por azorados caminos de palomas.

Avidas manos para los sumisos plumajes,
amoroso argonauta de gozosas comarcas,
navegante nocturno de hemisferios ocultos,
conquistador de suaves tierras de ébano y rosa.

Más alto entre la humana desnudez, más glorioso
en la limpia belleza de tu vida inexhausta;
el sepulcro que guardan puritanos silencios
es inútil clausura a tu fuerza de hombre.

Nunca tuvo la vida meridiano tan alto
como fue el meridiano de tu vida perfecta:
plenitud del amor, plenitud de la gloria,
plenitud del dolor, plenitud de la muerte.

Esta noche he subido, por escalas de sueño,
tembloroso de abismo, entre cierzos y nieblas,
hasta el alto recinto, donde vive en los siglos
y los siglos, la inmensa soledad de tu gloria.

Y te he visto pasar: y en la noche se agita
el ferrado temblor de las claras espuelas,
y hay un sordo relincho de caballos en fuga,
!Y estás tú, Padre solo, en la noche de América!

ROMANCE DEL SOLITARIO

Que Dios en su mano tenga,
que Dios en su mano guarde
a este arquitecto de vientos
y cultivador de mares.

Viajero de cien islotes,
nunca salió de su nave,
y en aguas de sueño vio
naufragio de voluntades.

Que mano de Dios lo cubra
si a su querencia tornare,
que mano de Dios lo guíe
si busca nuevas señales.

Cuentan que aró sobre el mar
y que construyó en el aire,
que busca un nombre perdido
sin que se lo diga nadie.

Tiene la color quebrada
por golpes que el viento sabe,
y cuelga el acero inútil
en la tristeza del talle.

Sobre los hombros enjutos,
capa de yerto donaire
(sólo las pálidas manos
dicen del alto linaje).

Que Dios sus albas alumbre,
que Dios sus noches amaine,
que Dios su sueño proteja
en enemigos portales.

Que mano de Dios lo lleve
por extranjeras ciudades,
entre sus propios amigos
hombre de tierras distantes.

Que Dios tenga al enemigo
cuando al azar lo encontrare,

y sobre el avieso acero
la trémula mano pare.

Que nadie su nombre diga
y todos su nombre callen,
que ciegue muros el ciego
claustro de sus soledades.

Que no haya suave colina,
ni tibia senda, ni valle
tranquilo, para el que sólo
conoció de tempestades.

Que se haga fuerte en la dura
ciudadela de sus males,
que mano de Dios lo tenga
¡si Dios de tu vida sabe!

Y así por el mundo siga,
y así por el mundo vague
este arquitecto de vientos
y cultivador de mares.

FIN DE AÑO

Pálido fin de año, que ennoblece
esta tregua de amor tranquila y suave.
Calor de otoño en su retiro grave
la lenta fuga de los sueños mece.

El árbol de mi tarde languidece
en una soledad de brisa y ave.
—Sobre la orilla del ayer, la nave
a otro viento lejano se estremece—.

Cordial abrigo en la penumbra grata,
tras el cristal la fuente que desata
lenta su cotidiana sinfonía.

El libro amigo en el rincón oscuro,
la sombra que se inclina sobre el muro.
—Dáme, Señor, la paz de cada día.

ROMANCE DE NAVIDAD

1

Dios cuelga de una mirada
la estrella azul de los magos.
La entraña gris de la tierra
se abre en un surco de nardos.
En cordilleras de laca
hay alboradas de talco.
Angeles como palomas
duermen sobre el heno blando.

La Virgen tiene la luna
escondida entre las manos:
nido de luz crespas y suave,
cuna de mullidos rayos,
mecedor de luces lentas,
que unen al cielo lejano;
cuerda de trinos de alondra
y arcángeles desvelados.

2

En el filo de la noche
heraldos cortan el paso.
Alfange de las trompetas
rasga la sombra de un tajo.
Rostro de cobre vencido
bajo un nocturno de raso.
(Andas en plumas de incienso
llevan cisnes degollados).

Relámpago de rubíes,
perfil en ébano raudos.
(Oro de auroras perdidas
en cofres rojos de ocaso).
La media luna de tedio
sobre una frente de nardo.
(Mirra de oscuros deseos
en pomos de desencanto).

3

La luna de los pastores
salta sobre los collados.

Abrevan lagos de sombra
nubes en lento rebaño.
Se riza en hombros de encina
grumo de vellones blancos.
Primaveras solitarias
florecen en los cayados.

Balidos de recentales
lamen el silencio casto.
Cisternas de espejos idos
buscan cielos olvidados.
Hierba de alboradas frescas:
rumia el buey y sueña el asno.
En la cuerda de la brisa
vuelo de pañales blancos.

Hacia horizontes de trinos,
sobre la nieve del campo,
ángeles de rubias trenzas
y plumaje plateado.
La estrella cae madura
sobre el trigo del establo.
La Virgen oculta el seno
en pliegue discreto y manso,
y borda lienzos de gozo
con lentejuelas de llanto.

4

Cintillo de alondras nuevas
sobre el valle sonrosado.
La Virgen lleva en el talle
ceñidor de azul y blanco.
En Niño abre la sonrisa
sobre la cruz de los brazos.
Oro de rizos ingenuos
en aureola de estaño.

Con ojos de aurora y flor
la Virgen está mirando
ronda de niños y estrellas
danzando en torno del árbol.
Por las campiñas florece
en vivo retoño el año.
El Niño se está durmiendo
en el regazo de un canto.

Con hilos claros de sol
la aurora le está labrando,
en linos de fresca trama,
flores de sueños tempranos.
Angeles como palomas
duermen sobre el heno blando.
Un golpe de hachas de luna
asalta el monte lejano.

PREGON DEL CREPUSCULO

¡Oiga! ¡Vea! ¡Escuche!
Soy el coleccionista de crepúsculos.
Hace años que violento
todos los meridianos
para cazar crepúsculos inéditos,
y ahora —¡vea, escuche!—
están aquí, clavados
con la aguja de mi sonrisa,
en el muro asombrado de los días.

Estampas de colores,
álbum maravilloso de ponientes,
arco iris, mapamundi de ensueños,
acuario en que se estrián
los mejores luceros,
velas al sur y al norte, sobre el mástil
alegre vuelo de banderolas trasatlánticas,
mar, cielo, nube, estrella:
soy el coleccionista de crepúsculos.

—¿Qué mira usted, señora?
¿El crepúsculo azul?
—Lo hallé sobre mis montes,
fresco, húmedo,
globo de colores
suspendido del hilo de una risa.

—¿El rojo?
—Estaba sobre un puerto,
luminoso y dorado;
bajo su carpa todos los recuerdos
funámbulos bailaron

en la cuerda del horizonte,
y llegaron los barcos distantes
hasta el golfo extasiado de sus ojos.

—¿Y el malva?

—Fue apenas el abrigo
que la urbe incendiaba
ciñó a su cuerpo
la tarde en que ella quiso
visitar los cafés galantes
del crucero lejano.

—¿Y ahora?

—Es el crepúsculo,
único y esperado.
—¿Lo ve usted, señora?
—Es el crepúsculo predilecto,
y está siempre,
como una mariposa disecada,
en el registro de mis horas.
Tiene un tono discreto que armoniza
con el gris fatigado de su traje.

Pero...

—¿Se marcha usted, señora?
Soy el coleccionista de crepúsculos.
¡Escuche! ¡Vea! ¡Oiga!

INTERMEZZO EN EL MAR

Hay que cantar, hermano,
la alegría del raudo navegar.
Hay que decir, hermano,
el canto pleno del mar.
Hay que cantar, hermano,
cantar y navegar.

La noche trasatlántica,
honda y total,
alza su carpa azul sobre los mástiles
y ensaya sus piruetas de funámbulo
la farándula sideral.

Islas desconocidas
abren su itinerario nocturnal:
en la sombra se ha puesto
la rosa de los vientos a bailar.

Caminos del deseo
va borrando la noche sobre el mar;
la tierra, hermano, se hizo
enemiga y fatal,
y hemos dejado todos los recuerdos
ahorcados en la cuerda ecuatorial.

Ligeros y sonrientes,
vamos bajo la sombra a navegar:
prófugas cabelleras
forman el meridiano universal,
y levanta el velamen de los sueños
su inquietud triangular.

Puertos enfarolados,
alegría del carnaval,
las mujeres se beben
la noche frente al mar.

Aromas opulentos,
pesados de fatal sensualidad,
hacen grávido el paso
de los hombres de mar.

Razas multicolores
sueñan en la indolencia tropical,
el malecón se estría de promesas
en la noche total,
y todas las banderas de la tierra
han venido en las jarcias a cantar.

Hay una lenta emigración de estrellas
hacia el límite tropical,
y el barco alza sus mástiles
desnudos sobre el mar,
como dos brazos trémulos que elevan
todo el dolor universal.

Nunca el silencio puso
una noche más triste a meditar,

hermano. Nuestras manos se aprisionan
en cadena fatal.

—Círculo de dolor que oprime y cierra,
para el bien, para el mal,
a todos los que vimos una noche,
recóndita, en el mar,
destilar gota a gota la tragedia
de nuestra oscura humanidad—.

Náufragos del deseo,
que la tierra no supo apacentar,
vamos solos, hermano,
solos al viento y al azar.

¿En que isla remota
iremos nuestro sueño a prolongar?
¿Qué playas extasiadas
aguardan nuestro rudo navegar?
¿En qué puerto de ensueño
veremos terminar
el viaje iluminado
de la nave solar?

Vamos solos, hermano,
solos al viento y al azar.
Hay que cantar, hermano,
el canto pleno del mar.
Hay que cantar, hermano,
cantar y navegar.

NOCTURNO DE OTOÑO

En el umbral la noche silencia su coturno:
llegó la hora sabia de ser tranquilo y fuerte.
El otoño insinúa su perfil taciturno,
y en lentos signos traza su sentencia la muerte.
Apenas si la mano, con gesto desolado,
sostiene, entre la sombra, la frente claudicante.
La lámpara vigila, insomne, hacia el pasado.
Pero la vida es bella hasta el último instante.

No más el áureo ritmo de ayer, y la fragancia
de los versos de antaño, inútilmente bellos.
Nunca más la comedia de fingida inconstancia,
ni las nieves tempranas sobre negros cabellos.
Hoy sólo sabe el labio murmurar la indecisa
canción que unió los oros de una aurora distante.
Ya la manzana próspera se colmó de ceniza.
Pero la vida es bella hasta el último instante.

Graves hilos de plata prematura en la frente,
un hastío de lunas, y un cansancio de viaje:
el acento en sordina, y el andar indolente
llevan bien la elegancia fatigada del traje.
Recogido silencio, silencioso retiro,
en que apenas extienden su fulgor vacilante
vagas luces lejanas de esmeralda y zafiro.
Pero la vida es bella hasta el último instante.

Guardan fieles silencios la tragedia ignorada:
—hoz de esquivos agravios suaves recuerdos trunca—
el adiós sin palabras, y el ansia desolada
por encontrar el barco que no regrese nunca.
Y sus ojos, que un día se llenaron de estrellas
al curvarse rendida su belleza implorante.
En la senda escondida sólo quedan las huellas.
Pero la vida es bella hasta el último instante.

Ayer el puerto claro, y el mar, y la alegría
sonora, el hondo embrujo de un ignoto hemisferio.
Cantos descoyuntados de la marinería,
tierras de sol, y golfos brumosos de misterio.
Alegría de andar, sin saber hacia dónde,
la victoria de un día y el dolor inscontante.
Hoy, el rictus amargo que en los labios se esconde.
Pero la vida es bella hasta el último instante.

Finas siluetas marcan mi absurdo itinerario,
locas risas llenaron mi noche aventurera.
Abrió un círculo airoso mi romántico horario
y entre su acento amable danzó la primavera.
Hoy un perfume ajado de pieles fatigadas,
la sortija agorera, el cansancio de un guante,
y el dolor de unas nobles manos sacrificadas.
Pero la vida es bella hasta el último instante.

Ausencia de mi hombro de su cabeza rubia,
desde el ángulo oscuro sonrió de las cosas:
la vida ahora es como un paisaje de lluvia
que un cristal desvanece entre líneas borrosas.
El hastío vigila en la estancia desierta,
olvido los caminos de ayer —buen caminante—
y cierro a los fantasmas enemigos la puerta.
Pero la vida es bella hasta el último instante.

En el umbral la muerte silencia su coturno.
Un gris fino de otoño esmerila el paisaje.
—En la sombra vigila tu perfil taciturno—,
primavera de ayer, dulce amiga de viaje—.
Un ritmo asordinado en la hora se advierte:
¿acaso, entre la noche, va a llegar otra amante?
Los pasos en la alfombra... —Esperad, Doña Muerte,
porque la vida es bella hasta el último instante.

NOCTURNO DEL RUEGO

Dadme un temblor de aurora sobre una playa nueva
y me estaré mil años mirándola nacer;
dadme la nave rauda que sobre el mástil lleva
la estrella acongojada que no he podido ver.

Ceñid sobre mis ojos la venda azul del sueño
en que se apaguen todos los rayos del amor.
Abrid caminos suaves hacia el ayer risueño:
caminos de esperanza por selvas de dolor.

Dadme la dulce angustia de andar bajo la sombra,
perdidos en la noche la ruta y el cantar,
que se haga el aire limpio cuando una voz me nombra,
y se haga el cielo claro cuando me busca el mar.

Cread para mi oído el ritmo asordinado
en que adivine apenas lo que quiero decir,
dadme una sombra amable que camine a mi lado,
y que a mi lado sepa callar y sonreír.

Caminos de la tierra trajiné silencioso,
y crucé en el silencio los caminos del mar:

dadme una ruta rauda de un país misterioso,
quiero una ausencia nueva y un nuevo navegar.

Cread para mis ojos la visión inocente; hábrame una luz
pura de luz temprana, fresca de amanecer,
buscad la mano virgen que acaricie mi frente,
y haga ver cariñosa lo que nunca he de ver.

Dadme la paz serena de haber podido un día
dejar la pena antigua y el antiguo rencor.
Dadme el augurio vago de una nueva alegría,
y el augurio callado de un futuro dolor.

Quiero la sombra grata para andar solitario,
sin que nadie en la sombra me pueda conocer,
que una mirada sola fije mi itinerario:
mirada de alba triste en ojos de mujer.

Si en un cerco de tedio solitario se encierra,
profunda de crepúsculos, mi oscura plenitud,
quiero andar los caminos humildes de la tierra
con un cansancio nuevo y una nueva inquietud.

INVITACION AL MAR

Te traigo el continente fabuloso,
el hemisferio deslumbrado:
barcos de velas lentas,
ásperas de yodo,

y arduas canciones de marinería,
nos llevarán juntos,
más allá de la noche,
en la carrera loca de los horizontes.

Cantará en las jarcias
la ronda triste de los que emigran de sí mismos,
y veremos las rutas marinas
por donde retornan las albas nuevas
y los crepúsculos perdidos.
La plenitud del mar
acogerá nuestras horas:
horas de marinos

errantes en el itinerario de sus vidas.
Saltaremos sobre la rosa de los vientos
en una locura de panoramas,
y haré inventar para tus ojos
islas de oro, golfos de silencio,
puertos de sol, costas de añil y de ámbar,
y te ceñiré al cuello cada noche
un collar de nuevos deseos.
Te ignoro en el silencio de la tierra,
firme y triste,
como los amores que no se acaban nunca:
te quiero sobre el mar, ondulante, ilímite,
el mar que cruzaré mañana
solo, ligero, libre emigrante de mí mismo.

PRELUDIO DE ELEGIA

Porque mi otoño prematuro
tiene un encanto tan sutil,
como las canas sobre un rostro
lleno de gracia juvenil.

Busco tu amor, que se asordina
en la visión crepuscular,
como un jardín abandonado
donde ya nadie quiere entrar.

La flor colmada de tu alma,
bajo su peso agobiador,
curva la rama de tu cuerpo
sobre el estanque del dolor.

Y el vuelo amargo de la vida,
que apenumbra tu palidez,
puso en tu traje y tu mirada
la misma vaga languidez.

Mujer de otoño y de silencio,
dulce mujer crepuscular:
ven al jardín abandonado
a recordar, a recordar.

ULTIMA PAGINA

En la última página grabo un nombre. Ninguna
mano, celosa y vana, descifrará su encanto.
Un nombre: mis auroras lo cubrieron de llanto.
Dulce nombre: mis noches lo bañaron de luna.

Nombre para decirlo suspirando, o en una
sonrisa suave; nombre que a manera de un manto
nupcial, guarda un recuerdo; tranquilo como un canto,
triste como un ayer, tibio como una cuna.

Un nombre. Entre la sombra la leve imagen vaga;
en la noche una estrella pensativa se apaga.
Un nombre. Algo distante me hace soñar, y puebla

el alma desolada la visión: un sendero
largo bajo la escarcha, un sollozo postrero
de adiós, y un velo blanco que se pierde en la niebla.